

lo que el pueblo necesita es, no solo una mano que dé, sino ante todo entrañas que sepan compadecerle, y un corazón que sepa amarle.

¿Qué hareis entónces? ¡Ah! ya lo sé; recurriréis á la fuerza. Muchos hombres tuvieron esa idea; y creyendo que la violencia podía ser la salvacion y regeneracion del mundo, dijeron: Para que las sociedades venideras vayan bien, construiremos un mecanismo social como nunca lo ha visto el mundo; este mecanismo, inflexible como la materia y la fatalidad, rebajará á los grandes al nivel de los pequeños, y levantará á los pequeños á la altura de los grandes, y con su formidable movimiento dirá estas dos palabras: Servir ó morir! en otros términos: fraternidad ó muerte!

¡Gran Dios! ¡qué felicidad para este pueblo de infelices! ¡qué soberanía para este pueblo para el cual se soñaba un trono! ¡Una soberanía entre cadenas y sepulcros! ¡Una felicidad entre esclavos y muertos! Hombres de la fuerza, si no teneis más que la fuerza, retiraos. Hombres del derecho, si no teneis más que el derecho, retiraos. Hombres de la ciencia, vosotros tambien, si no teneis más que la ciencia, retiraos: vosotros no podeis crear servidumbres voluntarias, no podeis salvarnos! ¡Ah! paso á los siervos de Dios, esto es, á los servidores del hombre! ¡Paso á los Hermanos de san Juan de Dios, para que os guarden cuando hayais perdido la cabeza! ¡Paso á las Hermanas de los pobres, para que os guarden cuando á todas las miserias se agregue la gran miseria de la vejez! ¡Paso á San Vicente de Paul, paso á la caridad: solo ella puede salvarnos, porque solo ella puede crear servidumbres voluntarias!

Decidme, carísimos hermanos: para servir voluntariamente, ¿qué ha de hacerse? Amar. Pues bien: la caridad es el amor verdadero, el amor de Dios en el corazón del hombre. ¿Qué ha de hacerse para servir? Humillarse, mostrarse, no solo al nivel, sino debajo de la miseria. Y la caridad lo hace; la caridad se hace, no solo servidora, sino esclava de la miseria.

2. Pero, sobre la miseria de los cuerpos hay una miseria más alta: la miseria de los corazones.

La miseria de los corazones, hermanos míos, es la disminucion del afecto, la privacion del amor. Quien no ama, ó ama mal, es pobre por el corazón; quien ama bien y mucho, es rico por el corazón. Y bajo este punto de vista, el sér más profundamente miserable, si saberlo quereis, es Satanás, que no ama; Satanás, que no puede amar; Satanás, de quien decia Santa Teresa: ¡Miserable! no ama. Tal es, en efecto, hermanos míos, la miseria de Satanás: no poder amar; y el

ser más parecido á Satanás, es el condenado que lleva tambien á la eternidad del odio la imposibilidad del amor.

Esa miseria en el hombre individual es una miseria aún mayor en la sociedad; y bajo este punto de vista, la sociedad más miserable es la en que se ven, unas al lado de otras, generaciones que ya no saben amarse. ¡Ah! hermanos míos; ¿qué es la sociedad? la sociedad es la unidad; el odio es la division. La sociedad es una atraccion; el odio es una repulsion. La sociedad es una armonía; el odio es el desórden, el caos. ¿Qué hay en el mundo más antisocial que el odio?

Mientras el odio no desaparezca de entre las generaciones que viven juntas, no espereis nada para su dicha y grandeza: nada de la ciencia, nada del génio, nada del heroísmo, nada del valor, nada de la paz, nada de la guerra, nada de nuestros triunfos. Aunque fueseis Agustinos por la ciencia, Bossuets por la elocuencia, Césares por el valor, Pompeyos por la dicha y el triunfo; nada podríais hacer para salvarnos, si el odio no se extingue en el corazón de la sociedad; pues el odio lo devora todo, lo paraliza todo, lo roe todo; y cuando todo lo ha roído, acaba por roerse á sí mismo; constituye necesariamente un infierno en la tierra, como un día ha de constituir un infierno en la eternidad.

Cuando el mal hubo separado al cielo de la tierra, si no hubiese venido un mediador, estábamos perdidos sobrenaturalmente. Así mismo, desde que el mal del odio separó á las almas y á los hombres, yo digo que si no nos viene un mediador, estamos perdidos socialmente.

¿Quién será el mediador? ¡Oh! ¿hay que preguntarlo hermanos míos? El mediador es la caridad. No espereis otra mediacion. Para reconciliar á los séres que separó el odio, necesitase manifiestamente algo opuesto al elemento de division; y lo que divide es el odio: lo que reúne, pues, es el amor. Es preciso tocar con su corazón á los séres por el odio divididos, para hacerles volver en sí y abrazarse como en el seno de una madre.

Vedlo, hermanos míos: cuando la tierra estaba separada del cielo, ¿qué hizo el amor? Hizose Hombre-Dios, divino y humano juntamente, de suerte que, estando por una parte en las profundidades de Dios, y por la otra en las de la humanidad, el amor se halló ser mediador.

Ese es el tipo divino de toda mediacion humana: un amor que se pone entre dos odios, y que, obligándolos á abrazarse en su seno, proclama con la reconciliacion la omnipotencia del amor mediador. ¡Oh! hermanos míos, el amor es muy poderoso; es poderoso como la

muerte; y sabedlo, allí donde se levanta sobre todo el poderío del amor, allí triunfa del odio.

La noche no tiene más que un vencedor, la luz: el frío no tiene más que un vencedor, el calor. El odio no tiene más que un vencedor, el amor, al cual nada se resiste. No me digais: Hemos amado y no hemos vencido el odio. Yo os respondo: No habeis amado bastante; acusad vuestro egoismo, más no calumnieis la omnipotencia del amor.

Oid una verdad, que voy á describiros en un hecho.

Habia antiguamente en Italia dos pueblos rivales que se hostilizaban y ya se mataban: la sangre habia corrido varias veces. El combate iba empezar de nuevo; ya las flechas volaban de parte á parte, cuando resonó un gran grito, ¿Qué habia acontecido? Todos miran. Muchas mujeres, con la cabeza desmelenada, pálido el semblante, llevando en brazos á sus tiernos hijos, preséntanse suplicando por una parte á sus padres, y por otra á sus esposos! Con voz que domina el estruendo de la batalla, exclaman: ¡Ah! no podeis cometer tan horroroso crimen. Si teneis sed de venganza, hénos aquí; descargad sobre nosotras vuestras iras. *In nos vertite iras*. De esta lucha, de esta matanza, de esta sangre derramada nosotras tenemos la culpa; si necesitais víctimas, aquí estamos nosotras: vale más morir todas que vivir sin vosotros, viudas ó huérfanas. A este grito se sigue un silencio solemne en ámbos campos, préñanse de lágrimas todos los ojos, apágase el odio en todos los corazones y cáense las armas de todas las manos. ¡Aquellos guerreros estaban vencidos!

Yo no lo extraño: aquellas mujeres debian vencer. Su corazon se interesaba por ambos pueblos adversarios; eran verdaderas mediadoras, y debian triunfar. Tal es, carísimos hermanos, nuestra misión: es llegada la hora de lanzarnos con nuestro corazon y nuestro amor entre los odios que chocan, á riesgo de estréllarnos en esa colision fatal. Ved ahí la necesidad de la mediacion, que solo puede ser obra de la caridad, del amor.

5. Sobre la miseria de los cuerpos y la miseria de los corazones, hay una miseria aún más elevada: la de las almas.

¿Qué es la miseria de las almas? Yo doy este nombre, ante todo, á la privacion de la verdad y de todas las riquezas que la verdad presta al alma humana. Y decidme, hermanos míos: ¿somos en este concepto ricos ó pobres? ¡Oh! sin duda, nosotros, hijos de la religion católica, que es la plenitud de la verdad, somos ricos con ella; pero, al lado de esta riqueza de la verdad católica hay una miseria espantosa. Yo he visto al génio mismo, al génio, tan apto para la posesion

de esta riqueza de la verdad, lo he visto miserable, esforzándose en vano para ocultar bajo espléndido manto la realidad de su miseria. Esta miseria, hermanos míos, es la más profunda en las regiones populares, y precisamente en ellas se encuentran las otras dos miserias. De las alturas sociales, la incredulidad ha descendido en esas regiones.

Si las poblaciones no se convierten en masa, ya no hay esperanza. La conversion popular es lo que más importa en el día. Y pregunto yo ahora: ¿quién hará la conversion popular? Será la ciencia, el génio? Ya sé, hermanos míos, que la ciencia y el génio tienen en la humanidad una mision providencial; pero, no os olvideis de que la ciencia no ilumina más que las cumbres de la sociedad, y de que se detiene en el umbral del alma humana, sin penetrar en el santuario profundo donde se realiza la verdadera conversion.

¿Quién hará la conversion popular? ¿Será el poder de la palabra? ¡Oh! de seguro, hermanos míos. Desde que el Verbo divino dijo á la palabra: Vé y habla; la palabra tiene en la Iglesia y en toda la humanidad un ministerio indefectible, una eficacia perseverante. Pero, adviértase, que la palabra solo aprovecha al que quiera oír la; en la actualidad hay siempre, entre la palabra y el pueblo que la necesita, paredes en que no resuena, y que no le transmiten un eco débil siquiera.

¿Quién hará pues la conversion popular? La predicacion de la caridad, hermanos míos. ¿Por qué? Voy á deciroslo, y estadme atentos.

La predicacion de la caridad sola, puede atacar directamente y vencer con su irresistible elocuencia los grandes obstáculos que se oponen en este momento á la conversion popular. ¿Qué es lo que, en vuestro concepto, se opone ante todo á la conversion del pueblo á Jesucristo?

Desde hace un siglo, ¿qué han dicho al pueblo los filósofos, oradores, poetas, novelistas, historiadores, periodistas, folletinistas y cuantos tenían una pluma ó manejaban una palabra? Le han dicho en la lengua más inteligible del mundo: ¡Oh pueblo! tú quieres ser libre, tienes horror á la esclavitud; tu esclavitud es la religion! ¡Oh pueblo! tú quieres ser grande, tienes horror á la abyeccion. pues has de saber, que tu abyeccion es la religion. Tú quieres ser rico, feliz: y la miseria, tu miseria es la religion. Y eso queria decir, hermanos míos, en pocas palabras: Tú quieres y buscas el bien; huyes y maldices el mal; pues bien, la religion es para tí, no el bien, sinó el mal. Y conmovido por todos esos discursos, que maldecian la religion como el mal, dijo al fin el pueblo: ¡Ah! sí por cierto, el

cristianismo, el catolicismo, la Iglesia, el clero, el sacerdocio, todo eso es el mal. Pues acabe todo eso, y Satanás desaparecerá de la tierra, y el mal con él: no habrá más que el bien, y con el bien la dicha: pues el bien y yo somos la felicidad.

Esa es la gran preocupacion popular; y ante ese hecho vivo, innegable, es necesario manifestar de hoy más la religion, no ya solamente como la verdad, sino como el bien. Para eso pide el siglo á los predicadores el más alto poder de persuacion.

¿No lo habeis notado, hermanos míos? lo que persuade sobre todo, es la manifestacion del bien. Lo que *convence*, esto es, lo que hace ceder á las inteligencias, es la manifestacion de la *verdad*; pero lo que *persuade*, lo que hace ceder á las voluntades, en una palabra, lo que *convierte*, es, sobre todo, la manifestacion del *bien*.

La verdad podemos rechazarla, y cuando nos ofende, harto la rechazamos. Mas ¿cómo rechazar el bien? Cuando se os presenta algo como el bien, ¿quién de vosotros puede rechazarlo? ¡Oh! el bien no lo rechazamos; lo llamamos, lo abrazamos, y á veces estamos tentados de adorarlo.

Pero aquí, hermanos míos, se presenta otra cuestion.

¿Quién puede manifestar al alma del pueblo la religion como el bien? La caridad, hermanos míos. ¿Por qué? Porque la caridad es un acto de amor; la caridad es, digámoslo así, el corazon de la verdad, y por eso es omnipotente. ¡Ah! hermanos míos, decidme os ruego: ¿cuándo encuentra la palabra misma el poder de conmover vuestros corazones y entrar en vuestras almas? ¿Acaso cuando os parece lo que Platon llamó perfectamente el esplendor de lo verdadero, es decir, la belleza misma? Nó, hermanos míos; hay un momento en que la palabra es aún más poderosa, y es cuando os aparece como la manifestacion del amor. Lo que vuelve poderoso al hombre con la palabra, es la pasión generosa que hace apóstoles, la pasión de llevar á todas partes la verdad, la pasión heroica de morir por los hombres y por la verdad.

¡Ah! carísimos hermanos, ¿No es cierto, que cuando hay en nuestra palabra algo que revela en nosotros el misterio de un corazon pronto á morir por vosotros; cuando hay en el acento algo que os dice: Daros la verdad es mi dicha; pero darme yo mismo con la verdad, es mi dicha suprema; ¿no es cierto, que entónces hay algo que abre vuestros corazones, triunfa de vosotros y grita en vosotros: El amor nos ha hablado; rindamos las armas? Ahora bien, si tal es el poder de un amor que habla, ¿cuál será el poder de un amor que obra? Si un amor que se expresa con un gesto, con un acento, con

un sonido, con una palabra, es tan eficaz, ¿qué no podrá un amor que se muestra con beneficios, con sacrificios?

Escuchad, hermanos míos. Un hombre se encontraba solo; era pobre, viejo, y estaba enfermo. Nadie en la tierra se acordaba ya de él. Solo un hombre pensaba en él todavía: era un siervo de Jesucristo. Este hombre, de vez en cuando, iba á ver al pobre en su solitario albergue, y sentándose á su lado en una silla de paja, á su hogar sin fuego, le decia hasta en su silencio: ¡Oh pobre hermano! tú no me conoces; pero yo sí que te conozco, pues te he hallado en el corazon de Jesucristo, hermano nuestro; te he conocido en el corazon de la Iglesia, nuestra madre comun; y en estos dos corazones, que no forman más que uno, te he conocido, te he amado, he sentido tus penas, y vengo para aliviarlas. Sí, hermano; he oido que la Iglesia me decia: Vé á encontrar á aquel hijo, por quien sufro. Yo he oido que Jesucristo me decia: Vé á encontrar á aquel hermano, por quien he muerto. Y he venido, y héme aquí pronto á entregarme á tu sufrimiento, á tu soledad, á tus achaques; feliz si al darte algo de mí mismo, me permites tambien darte Aquel que te envia en este beneficio un mensajero de su amor, es decir, si me permites que te dé Dios mismo.

Así hablaba el hombre de la caridad al hombre de la miseria. Decidme: ¿cómo puede resistirse mucho tiempo ó siempre á semejante elocuencia? Por eso el pobre no resistió. A fuerza de ver la verdad, que se le presentaba con palabras consoladoras con una mano generosa, y, sobre todo, con un corazon compasivo, sintió que su corazon se inclinaba á ella con el peso de su amor; y el peso de su amor fué acompañado de la conviccion y de la fé; creyó, por fin, y un dia dijo: ¡Oh! bienhechor y amigo mio, esta religion que me envia el consuelo en tu palabra, el pan en tus manos, es la verdadera: yo quiero abrazarla. Tu Dios es el Dios verdadero, pues es el Dios de bondad, y quiero adorarle.

Ved ahí el poder de la caridad para convertir al hombre del pueblo.

Tal vez me preguntéis el nombre de esa persona. Este nombre es pueblo; y el hombre de la caridad sois vosotros; Dios quiere que seais los verdaderos predicadores de estos tiempos. Id pues, hermanos míos, id, os lo mando en nombre de Dios; Dios lo quiere. Id, y haced por el mundo la gran predicacion de la caridad; id, y mostrad la omnipotencia del amor que se hace siervo, mediador y predicador. Sí, haced esas tres cosas, hermanos míos: la humanidad os pertenece; pues de aquel será el mundo que más supiere amar. Hacedlas, y

después de haber salvado á vuestros hermanos, sereis eternamente dichosos. Así sea.

Véase: ADVERSIDAD y POBREZA.

MISERICORDIA DE DIOS.

I.

Quoties peccabit in me frater meus, et dimittant ei? Dicit illi Jesus: Non dico tibi usque septies; sed usque septuagies septies.

¿Cuántas veces deberé perdonar á mi hermano cuando pecare contra mí? Respondióle Jesús: No te digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

(MATTH. XVIII, 21 ET 22.)

Fué una bellissima observacion de san Bernardo: que cuánto más trató Dios hecho hombre con los hombres, tantas más claras muestras dió de día en día de su compasion para con los pecadores. Al nacer, no quiere se halle presente ningun malvado, y así, nace solamente en medio de santos, entre María y José; pero, cuando habiendo crecido en edad comienza á tratar á los hombres, dócil y flexible se familiariza hasta con la multitud y el bajo pueblo. Come con los pecadores, los admite en su compañía; y aunque ha sido siempre correspondido con la mayor ingratitud, y hasta con perfidia, conduciéndose, sin embargo, con la mansedumbre de que se lisonjea, gusta tanto de estar con ellos, que quiere morir, finalmente, entre ellos, esto es, entre dos ladrones. ¿Qué maravilla es, pues, que teniendo tanta parcialidad, permitidme decirlo así, hácia los pecadores, al oír que le pregunta san Pedro, si debería perdonar hasta siete veces las injurias que éstos le hicieran, respondiese como enfadado: ¿qué dices, Pedro? ¿siete no más? ¡A tan estrechos límites quieres restringir mi misericordia? No siete, te digo, sino siete y setenta veces siete, y cuantas veces vengan sumisos á pedir perdon. Pues esta es aquella miseri-

cordia, por la cual me he determinado á suplicaros hoy por la mañana, mis amadísimos pecadores, que os resolvais, por último, á volveros á Dios con una pronta y leal conversion, á fin de que, si los motivos de gran terror hasta ahora expuestos no han sido capaces de obtenerlo, lo sea por lo ménos este dulcísimo motivo de filial confianza y de tiernísimo amor. Convertíos, os diré, para excitaros con el profeta Joel, convertíos á vuestro Dios y Señor, que es benigno y misericordioso (JOEL II, 3). Por tanto, con dos sencillas, pero poderosas reflexiones, me limitaré á mostraros únicamente, pecadores, que si os volveis á Dios, os amará, y tanto más, cuanto más pecadores seais. Glorifique este buen Dios su misericordia con triunfar hoy de algun corazon muy necesitado de ella. Pidámoslo por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. ¿Qué seguridad quereis tener, pecadores, para no dudar ni un punto, de que Dios os amará siempre que resolvais volveros á él? Si os basta su palabra, á que seguramente no puede faltar, sabed que en cien lugares de sus Escrituras lo manifestó así en los términos más claros y amorosos. Mis entrañas, dice por Jeremías, se han conmovido por mi pueblo, y así quiero usar de piedad con él (JEREM. XXXI, 20). No es mi voluntad, dice así mismo por Ezequiel, que el impio muera, sino por el contrario, que se arrepienta y viva (JEREM. XVIII, 23). Y aún no satisfecho con esto, le solicita é insta á que haga penitencia: *Convertimini, et agite pœnitentiam* (JEREM. XVIII, 30). Además, viendo que sin embargo insistian todavía muchos obstinados en su perdicion, no puede estar tranquilo; y tiernamente los reprende y les pregunta por qué lo hacen así: *Quare, quare moriemini, domus Israel, quare?* (JEREM. XVIII, 31). ¿Quereis más? Os amará tanto, como no debeis ignorarlo, que solo por cada uno de vosotros que haga penitencia, habrá un grande alborozo en el cielo. (LUC. XV, 7).

Y ¿no van por ventura enteramente conformes los hechos con las palabras? Si no os amase, ¿hubiera dado tantas muestras de lo mucho que mira por vosotros? ¿hubiera hecho tanto porque volviereis á él? ¿Os acordais de aquellas inspiraciones, de aquellos tan fuertes impulsos, de aquellos improvisos temblores y estremecimientos, que de cuando en cuando teniais y os sorprendian en el pecado? ¿Os acordais de aquellas internas agitaciones, de aquellos vivísimos temores, de aquellos disgustos y agudos remordimientos que no os permitian tener con él ni una hora de quietud? Pues todo esto eran voces é invitaciones de Dios, que incesantemente os decia al corazon: pecador,